

# VIAJE INOCENTE POR EL "PAIS" DE EGON WOLFF

Discurso de recepción de  
D. GUILLERMO BLANCO

3865

734.658.

Cuando uno viaja por alguno de esos países que llaman extranjeros, si, además de viajar —o sea, además de moverse entre este lugar y aquél—, consigue hacerlo manteniendo abiertos los ojos, y los oídos, y la mente, entonces no será su viaje un simple ir y venir para después, simplemente volver. Será, y en el mejor de los sentidos, un viaje de descubrimiento.

Descubrimiento de uno mismo, desde luego; de su propia capacidad de sorpresa o de asombro, que se reactiva al encarar lo nuevo. Capacidad bendita de ser niño una vez más, frente a la maravilla de otros mundos y otra gente, otros idiomas a menudo, o si no, nuestro idioma con acento diverso, o con distinta música.

Descubrimiento de modos, huellas, identidades o rasgos culturales inesperados para nuestra idea previa. Hábitos, ritos diarios, gestos, actitudes; qué sé yo: la forma de construir viviendas o la forma de usarlas, la mayor rapidez o lentitud en los movimientos de aquel pueblo. Descubrimiento, de pronto, entre la multitud, de una persona, cuando se logra tender con ella el puente de la palabra o la mirada o la sonrisa.

Y así vamos, descubrimiento tras descubrimiento, hasta llegar al mayor de ellos: esa "otra gente" no es tan otra en verdad, y en ese país suyo no nos sentimos tan ajenos. Es que la otra gente siempre es más *gente* que *otra*. A poco caminar por las calles, qué sé yo, de Florencia o de Londres o de Lisboa, uno se topa inevitablemente con alguien que se asemeja casi hasta confundirse, a fulano o zutano, de Linares, de Temuco, de...

Dan ganas de saludarlo.

Y a lo mejor, uno debería saludarlo. Porque el reconocimiento cala a mayor profundidad que la mera apariencia física. Comenzamos a encontrar una comunidad en lo humano con aquellos "extranjeros". Cada vez *es* menos y cada vez *importa* menos lo que hay de extranjero entre los extranjeros. Vicente Pérez Rosales, creo, contaba de la indignación de un marinero chileno cuando lo calificaron de extranjero en Italia.

—Chis —dicen que dijo—, ¿yo, extranjero?... ¡Soy más chileno que los porotos!

Debió decir: soy tan persona como cualquiera. Ahí está lo esencial, en

ser un ser humano. El real descubrimiento en los viajes reside más en el hallazgo de lo propio a mayor hondura que en ir coleccionando exotismos pintorescos o rarezas. Qué habrá superior en rareza a la persona, cualquiera sea el lugar donde resida. Y qué habrá superior en tragedia a esa persona, cuando su propia tierra, o su medio, o su comunidad humana, se le aleja o la aleja. También hay eso: la extranjería en la patria, que es la cara de sombras del mismo hecho a que aludo.

Esta aparente digresión sobre los viajes no es digresión en realidad, sino introducción al relato del viaje, sí, que durante estos días he hecho alrededor de Egon Wolff y de su obra. En él experimenté toda la maravilla del descubrimiento, el asombro ante el lenguaje y los ritos, el grato encuentro en y con lo humano.

Al viajar a través de ese "país extranjero" que para mí es el teatro, me topé, por cierto, con rostros familiares a los que tuve el impulso de saludar. Esa cara, yo la he visto. Esa actitud, esa sonrisa, esa expresión de dolor... Ese ambiente, ese conflicto... De repente, y esto también forma parte inevitable de un buen viaje al extranjero, la impresión alucinadora, ¿alucinada?, de que o allí hay un espejo, o el que ahora observo tiene mi rostro, mi voz, mi modo de moverse, mi...

Otro reconocimiento, sin duda, otro ahondar en el ser persona. Y otra fascinación inherente al viaje.

#### UNA "FÉRTIL PROVINCIA"...

Por menciones —menciones honrosas— de algunos exploradores que recorrieron parte del territorio de Egon Wolff, nos enteramos de que ya hacia 1957 se levantaba en él una imponente *Mansión de lechuzas*, y tenemos noticia fidedigna de que se había comprobado la presencia allí de *Los discípulos del miedo*.

Ambas obras, destacadas en el concurso de teatro de la Universidad de Chile, se estrenan al año siguiente en Santiago.

Desde ese momento en adelante, con escasas interrupciones, la trayectoria adquiere un ritmo que llega a parecer sincopado. En 1959 se representa "Parejas de trapo", en la sala Antonio Varas, y ese mismo año, Egon viaja a Estados Unidos con una beca de la Fundación Guggenheim; allí escribe su hermosa "Niñamadre", que después se dará en Concepción (en 1962).

"Los invasores" hace honor a su nombre: parte en Santiago, en 1963, y salta en 1965 a Lima, y el 66 a México, y a Santiago de Cuba. El 70 aparecerá en Nueva York, y el 71 en Buenos Aires y en Madrid. Siempre en la península, se estrena en Barcelona el 75, y en Lisboa el 77.

Mientras, "El signo de Caín" se montaba en Santiago en 1969, donde recibió el Premio de la Crítica. Otro premio, el de la Casa de las Américas, de La Habana, corona "Flores de papel", en 1970. Se estrena en San Juan, Argentina, al año siguiente, y al otro año en Buenos Aires, y al otro en

Uruguay, y en México. Y al otro se vuelve "Paper flowers", en Inglaterra. Hablará otros idiomas muy pronto, pues el 76 se la monta en Sofía, y en Estocolmo, y en Atenas. El 77 la dan en Copenhague, en Amberes, en Oslo, y el 78 aparece en París, Caracas, Seattle, para llegar el 80 hasta Washington.

Hay que volver atrás con las fechas: en 1978 se estrena "Espejismos", en una ciudad que a estas alturas del itinerario recobra toda su condición de remota, Santiago de Chile. Parece que, fuera de nosotros, nadie más en el mundo ha visto "Espejismos". Es un privilegio muy chileno.

Pero, entre tanto, "Kindergarten" (bastante chilena también, si se quiere) abre en el Galpón de Los Leones, en 1977, y en 1980 se representa José en el Salón Filarmónico, mientras "Flores de papel" vuelve a viajar, ahora por Canadá y, en una segunda vuelta, por Suecia.

Sé que me he saltado más de algo. Y sin embargo, el currículum, ya así, impresiona. Es que Egon Wolff reúne en sí mismo el mérito de ser profeta en su tierra y en tierras ajenas. Es el primer tributo a su condición de autor universal. Describe o no su aldea (para hacer la cita al parecer inevitable), Egon lo hace desde una perspectiva nada de aldeana. Pocos chilenos como él consiguen remontarse a una altura que le permite ver lo suyo sin sobredimensiones ni vernaculismos. En el rico y fecundo plano de la humanidad.

#### EL "PAÍS" DE EGON WOLFF

El "país" de Egon Wolff es el teatro. Yo llego a él después de emprender vuelo desde la narrativa, que viene a ser mi lugar más habitual de residencia. Lo que, de niño a adulto, a ahora, leo con mayor asiduidad y con recobrado apasionamiento. Sí, también debe de existir una suerte de patria entre los géneros literarios, y cada cual poseerá el don de engendrar su patriotismo. Palabra peligrosa, pero aquí el patriotismo no es exclusión sino filiación: es urgente aclararlo.

La narrativa, mi patria, el territorio que suelo ver a diario, y que recorro y exploro y amo, la narrativa es una larga faja de fisonomía muy dispar. Allí caben, como otros tantos accidentes geográficos, la novela, el cuento, la historia, el periodismo, la crónica, las memorias, la biografía...

Desde aquí emprendo el viaje hacia el país de Egon Wolff, porque son ésas mis lecturas. Y decirlo es decir: son ésas mis raíces. Son mi modo de apearme en las letras, mi manera de volar en la palabra ajena. O, quizá más justamente, mi manera de vivir en, de, por, con esa palabra.

Y el teatro es tan distinto; o, como esos países que llaman extranjeros, tiene una forma tan igual de ser distinto.

Pensemos en el cuento, la novela. Lo primero, allí, es la intimidad. Alguien escribe para que alguien lea. Son dos cómplices. Sólo dos. Una

especie de conspiración de cámara. El primer cómplice entrega la clave; el segundo la interpreta. Cada lectura es única y constituye un secreto individual. No se la puede comunicar. Podrá comentársela, entregar conclusiones que se extraen de ella, o describir sensaciones que se experimentaron. Pero la lectura misma, el acto de amor y de misterio que ella supone, eso es siempre intransferible. Si alguien no comprende la diferencia que hay entre besar a la mujer que se ama y contar: "Besé a la mujer que amo", entonces tampoco logrará explicarse lo intransferible de la lectura.

Complicidad, conjura de dos, secreto, construcción de un mundo especial, que lleva curiosamente el sello doble del autor y del lector. Patria, si se quiere, de ambos. La intimidad es su característica central.

¿Y el teatro? ¿Qué podrá decir del teatro este viajero que acaba de recorrer algunos hermosos lugares suyos?

No es que no haya conspiración, acá: nunca que las inteligencias se juntan para levantar mundos nuevos, deja de haber un grado de eso. Pero aquí, la conspiración es múltiple. Casi una subversión generalizada. Autor, director, actores, escenógrafo, iluminadores, público... Y agreguemos aquellos elementos inasibles que son la voz, los movimientos, ¡el silencio!, las pausas, el tiempo que transcurre, los colores...

Extraña cosa. De pronto, todo eso se une, y ya no hay partes, sino un todo, y allí, sobre el escenario, tiene lugar algo que se asemeja mucho al milagro. La palabra humana se convierte en situación, y de ella surgen personas, emociones, conflictos. Algo, un algo que no está en ningún sitio preciso, se tensa, y vibra, y coge a los espectadores y se los lleva a un mundo diferente que, sin embargo, es nuestro. Igual que en esos países extranjeros de que hablaba, el mundo del teatro, aunque es distinto, o por ser distinto, nos ayuda a entender el mundo propio.

Aunque no hablemos el idioma —y yo no sé hablar el idioma del teatro—, somos capaces de discernir lo que hay de común, la comunidad en lo humano.

Chesterton decía que el teatro es una fiesta, y yo le añadiría: un prodigio. Durante una hora, dos, un grupo de personas conspira allí para vivir una situación que les es y no les es ajena. Van a cumplir, o a tratar de cumplir, el más humano de los prodigios: entenderse un poco más a sí mismos en la medida en que consigan entender a los seres ficticios que pueblan el escenario.

Quisiera insistir en dos o tres puntos, porque al mencionarlos, como al mencionar los viajes, aludo muy directamente a lo que yo, como no baquiaino, percibo en las obras que conozco de Egon Wolff.

Lo primero, el prodigio, el milagro. En *Los invasores* se palpa ya desde el principio. Cuando se alza el telón, nos explica el autor, vemos una sala que "está en penumbra. Es de noche". Entran dos personajes y, "en cuanto se prenden las luces", una de ellos, Pietá, "se lanza al medio de la habitación. Abre los brazos. Gira sobre sí misma". Exclama "radiante":

“—¡Oh, Lucas, es maravilloso... es maravilloso! (*Gira*). ¡La vida es un sueño... un sueño! (Se lleva las manos a las sienes y mira hacia el cielo)”.

¿Y no está ahí el milagro? ¿No acaba de entrar en el recinto una alegría que se parece mucho a la felicidad? Son apenas tres frases, un par de gestos, y no sólo se prenden las ampolletas: otra luz imprecisable se ha colado en los ánimos con verdad impresionante.

Y la exultación no es ningún sentimiento privativo de Pietá, nada que el espectador se limite a observar desde su butaca (como quien dice: a enterarse de que existe). No: el espectador pasa a ser co-actor, *actúa* al contribuir de modo decisivo a engendrar el sentimiento que flotará en la atmósfera. Cuando ocurre un fenómeno así, ya no hay en la obra teatral partes que la formen, partes aparte, ni hay personas que desempeñen partes aisladas. Hay un todo al cual todos aportan y que es a un tiempo rito, vida, experiencia.

Una nueva realidad comienza a ser sobre el escenario, como por arte de magia. Lo del arte, algunos podrán entenderlo. O, a falta de eso, podrán explicarlo. Pero, ¿y la magia?

Sospecho que la magia del teatro, como cualquier otra magia, sólo es accesible a los ingenuos, en el sentido original de la palabra ingenuo: el que nació dentro, el sin dobleces. Los eruditos distinguirán recursos, técnicas, arbitrios. Y matarán no sólo la magia, sino también el arte. Charles Bally decía que una expresión humana es comparable a esas luces de bengala que vemos en las noches de fiesta. Antes y después del vuelo, es posible analizarlas en sus componentes y detallar que están constituidas por pólvora, un trozo de madera, un envoltorio de cartón, más tal o cual producto químico. Nada de eso ayudará a entender ni la luz ni la alegría que se asocia normalmente a ella. Son de otro orden. Pertenecen al reino de la ingenuidad, sin la cual es imposible disfrutar el arte, o producirlo.

#### POLOS DE SOLEDAD Y BONDAD

De más está decir que en este viaje que he hecho al teatro, al “país” de Egon Wolff, no he ido como geógrafo ni como historiador de tal “país”. Ni hay para qué agregar que hasta me alegra ser incapaz de discernir allí estructuras, o planos, o planes, o como quiera que se llamen esas cosas. Sí creo que logré captar algo de los rostros, los gestos, la atmósfera. Y algo, también, del idioma que los habitantes hablan, aunque —por cierto— ignoro la gramática.

Pero, igual que las relaciones personales no se desarrollan a través de ablativos agentes o complementos directos o morfemas, sino de la palabra viva de los seres humanos, creo que en el teatro y en el resto de las artes la meta es también una relación entre personas. No sólo eso, pero sí eso, irrenunciablemente.

Vuelvo del viaje y vuelvo entusiasmado. No desconocía el “país”. Sin embargo, ningún país es el mismo de una visita a otra, ni lo es el viajero. Además, he podido ahora recorrer varios de los “lugares” que Egon crea, y esto aporta a los descubrimientos, enriquece la visión de conjunto.

De regreso, y desde el punto de vista de un forastero cordial, diré algunas de las cosas que percibo, sin intención de jerarquizarlas ni explicarlas, sino tan sólo de compartirlas hasta donde sea posible.

Me parece que Egon Wolff es un gran pintor de soledades. ¡Cómo las hace subir a escena, expandirse por el aire, penetrar hasta los huesos! Cómo hace padecer y compadecer la soledad, Egon Wolff. Pienso, por ejemplo, en esa Eva, de *Flores de Papel*, tan indefensa en su cómodo departamento. Tan a merced de cualquier presencia que siquiera le dé la sensación de compañía. Eva está sola. Casi podría decirse que Eva *es* sola. Uno intuye que nació con un vacío, como otros nacen con una joroba. La ausencia, así, inconcreta: *la* ausencia, la acompaña. Y de algún modo la hace buena por encima de su propia voluntad, porque busca un contacto, una relación, una especie de tabla humana a que aferrarse.

El mismo Egon me observaba, días atrás, que Eva no es casada ni soltera, ni tía, ni prima ni sobrina de nadie. Y yo pienso que quizá no tenga más hermanos que una fraternidad abstracta, algo que ella espera, espera, espera...

El Portus, de *El signo de Caín*, es otro solitario. Más solitario, en cierto modo, porque la mujer que vive con él y por él le pasa inadvertida. Portus no comprende hasta qué punto es rica la sencillez de Charito. O, dicho de otro modo, qué profunda inteligencia elemental se esconde tras la... ¿cómo llamarle?, ¿simpleza?, ¿sencillez?, ¿ingenuidad? ... de Charito.

En algo que tal vez sea un acto de soberbia, o un arrebató de escepticismo, Portus ha renunciado a lo que parecía su carrera. Cierta éxito profesional, cierta comodidad material, cierta holgura económica. A cambio de esa renuncia gana algún grado de libertad que no usa para mucho. O que usa para ser más solo. De nuevo, instintivamente, he asociado el verbo ser a la condición de soledad, no el redimible y relativo estar.

No pretendo hurgar soledades para probar ninguna tesis, pero también se la encuentra en *Niñamadre*, en *Kindergarten*, en *Los invasores*. Otros grados, otro tipo de soledad, sin duda, pero soledad.

La narrativa, que es mi “país”, y el teatro, que es el de Egon Wolff, tienen algo en común: su esencia reside en los personajes. Se refieren a algo que le sucede a alguien. Siempre. Cuando hablo aquí de soledad, hablo de personas solas, no de un concepto que se expone o que flota sobre la sala a la manera de un fantasma. Se trata de heridas, de heridas reales, en carne viva.

Y a propósito de personajes y personas, me conmueve la aguda capacidad de Egon para ¿comprender será? a los seres... ¿sencillos será? No sé, quizá sea preferible plantearlo desde la perspectiva de la magia: Egon

Wolff hace aparecer en sus mundos a criaturas de alma limpia, sin resquicios, llenas de una sabiduría que no está hecha de conocimientos (ninguna sabiduría está hecha de conocimientos), sino tal vez de bondad. La sabiduría de la bondad, la que encontró una cumbre en el pobre cura de Ars.

Sabiduría de la bondad, inteligencia del instinto, profundidad de la sencillez: llámenle ustedes como quieran, pero eso constituye la esencia humana y artística de seres como Charito. Charito no calcula, no mide, a menudo tampoco entiende. Pero sí comprende: es toda comprensión. Ama simplemente, y se entrega con una generosidad tan espontánea, que resulta pomposo llamarle generosidad.

La Polla, de "Niñamadre", es pariente suya. Pariente —llega uno a sospechar— por el lado paterno y por el materno. Ambas son hijas de Egon Wolff, pero, ¿cómo no imaginar, cómo no tener la esperanza, de que Egon conoció a alguien así, o a más de alguien?

En su fragilidad, la Polla no es débil. Al revés, se diría que posee una fortaleza que de algún modo depende y se nutre de ese *ser débil*. Es el viejo truco de la caña que el viento agita, dobla, sacude, pero no destruye. La brutalidad física resulta impotente frente a una Polla o a una Charito. Y de algún modo también las maldades son incapaces de herir a una persona así, porque no las comprende, porque no las concibe en aquellos que las practican. La indefensión es la gran defensa de estos seres.

Ninguno de los protagonistas de *El signo de Caín* le llama Charito a Charito. Sólo lo hace el autor, al indicar quién habla. Si uno ve la obra representada, sólo oír hablar de Charo. Si lee el texto, descubrirá lo que imagino una de esas debilidades personales que son fortalezas: Charito, como la Polla, son hijas regalonas de Egon Wolff.

No se equivoca su instinto de padre. En ambas, quizá, se podría ejemplificar su don para dar vida a criaturas de gran riqueza humana. Los que algo hemos leído sabemos que no es tan difícil para un autor de cierta categoría describir a un malo. La gran prueba está en su opuesto, en describir a un bueno. ¿Será que el mal es más corriente? ¿Será que tiene claves menos complejas? ¿Será que los hombres llevamos más tiempo interesándonos en los malos?

El hecho es que, en el viaje por el "país" de Egon Wolff, el encuentro con esos personajes es inolvidable, y constituye —me atrevería a decir— un triunfo superior a la propia voluntad del dramaturgo. Sus buenos sobreviven, páseles lo que les pase en la obra. Sobreviven en el corazón de quien llega a conocerlos, y son como la luz de las luces de bengala: hermosas, inexplicables, alentadoras.

#### LOS VENCIDOS, VENCEDORES

Ustedes dirán: ¡Harto habla de teatro este señor, para ser, como él mismo nos dijo, un señor que no entiende de teatro!

Perdónenme que hable todavía otro poco.

Poco.

Días atrás, he tenido con Egon Wolff una larga conversación terriblemente corta. No sé cuánto duró, pero no duró nada, aunque estuvimos mucho rato juntos. Yo le contaba, por ejemplo, mi asombro al ver cómo conseguía simultáneamente presentar a sus personajes, permitir que se definieran a través de lo que iban diciendo, plantear un conflicto y una atmósfera, y todo esto en un espacio brevísimo. Minutos, en la representación. Cinco o seis páginas, a veces, en el texto. Y, lo más asombroso; cómo lo lograba manteniendo lo coloquial en el diálogo.

Porque no es cosa de que aparezca un varón que exclame: “¡Ah, cómo me angustia este amor no correspondido!” y que una muchacha le responda: “Soy comprensiva, ven a mí”. No se describen: se expresan: No se ponen etiquetas: viven situaciones.

Egon explicaba esto hablando de experiencia, de intuición.

Poco a poco fue saliendo que él convive con sus personajes, en forma intensa. No los inventa: los ve nacer, diría yo. Y los sigue, y los quiere, y les pregunta quiénes son y a dónde van y a dónde quisieran ir. A Egon le interesa saber qué harían en otras circunstancias, en otras obras teatrales que de seguro no llegarán a escribirse. Busca su integridad, al ser entero, no al que “le sirve” para construir el drama. Supongo que, de algún modo, se acompaña con ellos, y no me parecería extraño que de eso provenga el cariño que se le sale por los poros hacia las Pollas y las Charitos.

No creo que sea un amor sencillo éste de Egon Wolff hacia sus personajes.

Lo expondré en forma de pregunta: en estas dos vertientes que me ha parecido ver dentro de su teatro —la sabiduría de la bondad y la soledad—, ¿no estarán también dos de los elementos claves en la concepción de la vida que Egon tiene? Incluso, ¿no serán dos elementos claves de su experiencia vital, ya no en cuanto autor: como persona?

De esa conversación que espero continuar, guardo la impresión fuerte de que él ve oscuro el mundo, hoy día. Me hablaba de la sociedad, y del daño que ella le hace al ser humano. Me explicaba que sus obras tienden ahora a cerrarse sobre sí mismas, como círculos, sin cambio, porque desconfía de que tales cambios sean posibles. El hombre lucha, sí, intenta, pero la lucha es un momento. Después, igual.

Esta tarde, al darle la bienvenida a la Academia, quisiera incluir en ella —como es justo— a los personajes que él creó. Bienvenida muy especial a Charito, por supuesto, y a la Polla, y a todos aquellos en los cuales, pese a la veta pesimista que ese día me mostró Egon Wolff, hay una fuerza vital extraordinaria.

Son los derrotados que triunfan, como siempre. Son los defendidos por su propia indefensión. Son los inocentes que sobreviven a las matanzas de inocentes. Son, en definitiva, los que escriben la historia silenciosa, la que

corre no sé si por detrás, o por debajo, o por dentro, de las páginas de la otra historia. Los que hacen vivible la historia, también.

Al crear un mundo en el que ellos son verosímiles, reales, Egon Wolff ha vencido a sus propias sombras interiores. Les ha dado nombre y apellido a una serie de hermosas esperanzas, que ahí están, aguardando el momento en que una nueva conspiración permita escuchar sus voces, ver sus gestos, conmovirse con sus alegrías y sus angustias.

Prodigio, milagro, arte de magia, el teatro encuentra en nuestro amigo a un generoso exponente cuya presencia entre nosotros *celebro y agradezco*.